ABRE EL OJO,

Ó SEA

EL AVISO A LOS SOLTEROS.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESCRITA POR DON FRANCISCO DE ROJAS:

Y REFUNDIDA

POR D. F. E. CASTRILLON.

Representada por primera vez en el teatro de la calle del Príncipe.

PERSONAS.

Doña Clara . . . . Sra. María García.
DoñaBeatríz . . . . Sra. Pinto.
Doña Hipólita . . . . Sra. Palma.
D. Clemente . . . . Sr. Ponce.
D. Julian. . . . . Sr. Ortega.
D. Juan Martinez Caniego . . . Sr. Querol.
Isabel, criada de Clara . . . . . Sra. Virg.
Inés, criada de Hipólita. . . . No habla.
Sebastiana, criada de Beatríz. Sra. Carlota.
Martin id. de D. Clemente . . . Sr. José García.
Teneblario id. de D. Julian . . Sr. Oros.

La escena es en Madrid. El teatro figura una calle, y en ella la casa de Doña Hipólita.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Juan Martinez y Teneblario.

(mand. fuer.
Juan. Está muerta esta muger, *lla-*
ó dónde diablos se esconde?
Ten. Quando ya no te responde
no te quiere responder.
Eso de locura pasa: *(q. llam mas fuer.*
no dés tan fuertes porrazos. *viéndole*
Juan. La puerta he de hacer pedazos:
si habrán salido de casa?
Ten. Puede ser. Ruido no siento,
ni menos perro ladró.
Juan. ¿Perro? á la que quiero yo
jamás perros la consiento.
Ten. ¿Por qué no?

Juan. Dice un refran
nadie dá lo que no tiene.
Ten. ¿Pero eso á que viene?
Juan. Viene.
Perro no dará al galan
la que antes no le prevenga.
Por eso á mi dama á fé,
porque perro no me dé
la quito que perros tenga.
Es cosa de mal agüero,
que va un hombre á ver su dama,
y quando á la puerta llama
le recibe lo primero,
enseñando tanto diente,
el perro: pasa adelante,
y con el perro delante
entra el pobre pretendiente
hasta llegar al estrado.
Comienza á tratar de amores,
solicitando favores,
y en tanto el perro enroscado
al lado de la belleza
parece representar
el perro que le han de dar
en pago de su fineza.
Ten. Tienes caprichos estraños.
Juan. Oh, Teneblario, esta es ciencia
que debo yo á la esperiencia
de mis malogrados años.
Pero calla, ¿no es aquella
Hipólita?
Ten. Sí que es,
y con ella viene Inés,
su pedigneña doncella.
Juan. Y otros dos, que es lo peor.
De celos rabiando estoy;
¡Quando yo la busco hoy
para pintarla mi amor,
con estilo el mas florido,
hallo la puerta cerrada,
y veo viéne escoltada
de un galan!
Ten. Rompe atrevido
por todo, y...
Juan. Chito, que viene.
A un portal nos retiremos,
y despacio pensaremos
lo mejor que hacer conviene. *Se retiran.*

ESCENA II.

D. Clemente, Martin, Doña Hipólita, Inés, y Juan y Teneblario escondidos.

Hip. Digo que no te has de ir.
Clem. ¡Hay mas cansáda muger!
Mart. Señora, tiene que hacer.
Clem. A Dios.
Hip. No he de consentir
que te apartes de mi lado.
Mart. Ved que su padre le llama.
Hip. Quien le llama es otra dama.
Clem. No ví amor mas porfiado.
Hip. Ni yo un hombre mas ingrato.
Juan ¿Oyes Teneblario,
Ten. Sí.
Hip. ¿Qué queja tienes de mí?
¿cánsate mi honesto trato?
Clem. No, que tus celos me cansan.
Hip. Sin amor no los tuviera.
Clem. Pequeños ya los supliera,
mas los tuyos mucho pasan
de la marca regular.
Hip. ¿Gracias tienes, quando ves
que yo estoy rabiando?
Clem. Es
por no hacerte mas rabiar.
Hip. Muy bien: la culpa he tenido
de tenerte voluntad
y amor.
Clem. Es mucha verdad,
que jamás lo he merecido.
¿Yá ves como no te niego
quanto dices?
Hip. Ah traidor,
quál te burlas de mi amor!
conoce que es todo fuego.
Clem. Y yo por mi natural
al yelo soy inclinado.
Hip. Es que estas acostumbrado
á gastar lenguage tal
con las otras que tu quieres,
y por eso aqui le escucho,
pero adviértote que hay mucho
de mugeres á mugeres.
Nombrame quien me nombró,
(bien exâminarlo puedes)
doña Hipólita Paredes,
pero las paredes no;

y es cosa muy desayrada
que me quieras igualar
con las....
Clem. ¿Quiéreme dexar,
señora muger honrada?
Paso una vida con ella
de perros.
Hip. Por qué razon?
Clem. Para tí toda ocasion
es ocasion de querella.
Si vengo temprano á verte
dices: ¡Dios mio, qué hora!
por cierto que esa señora
muestra muy poco quererte,
pues te deja levantar
tan de mañana. Si tardo,
dices aguanto el petardo,
pues por fuerza ha de faltar
á alguna quien tantas tiene.
Si vengo ácia medio dia
dices, bien por vida mia,
esto vá como conviene,
tu amor dividido está,
y no me quejo de ti,
los medios dias aquí,
las medias noches allá.
Si notas que triste estoy
dices: visita tenia
la dama: si mi alegría
te choca, me dices, hoy
has logrado un gran favor
y en tu semblante lo indicas.
Si estoy despacio réplicas,
¿tiene esa dama otro amor
y has perdido la esperanza?
Si estoy acaso de prisa
dices, con falsa sonrisa,
vé, no estrañe la tardanza.
Si algun regalo te doy
dices: esto allá sobró:
Si nada te traigo yo
grítas, la segunda soy,
y es fuerza mucho dinero
para regalar á dos.
Muger, dejame por Dios
quererte como te quiero,
que ya no puedo sufrir
la molestia fastidiosa
de mirar que no hago cosa
que no te dé que decir.
Por cierto que no comprendo
lo que tú quieres de mí
con tan necio frenesí.
Hip. Ya conozco que te ofendo
en quererte y en zelarte,
y por lo mismo verás
que con zelos de hoy en mas
no tengo de molestarte.
Clem. Pues vaya una prueba.
Hip. Quál.
Clem. Pues mi padre me llamó
permite que vaya yo.
Hip. La obediencia es natural.
A Dios *con indiferencia.*
Clem. Te acompañaré
hasta dexarte en tu estrado.
Hip. Te precias de bien criado,
pero aquí no hay para qué
te molestes.
Clem. No es molestia
servirte.
Hip. Qué falso. *ap.*
Clem. Ven, *(vans.*
quiera Dios que pare en bien. *ap. y*

ESCENA III.

Juan Martinez y Teneblario.

Juan. ¿Hás visto un hombre mas bestia?
Ten. Ni un hombre que á tí se iguale
en cachaza.
Juan. No seas necio.
Ten. Si ella te hace tal desprecio,
¿quién á la calle no sale
y cierra con el galan?
Juan. Segun la contínua guerra
que sufre, no hay en la tierra
mas desdichado rufian.
Harto mejor le castigo
si quiero á la otra dexarle.
pues ella á fuerza de amarle
le trata como enemigo:
sigueme.
Ten. Y á donde?
Juan. Voy
á ver á Clara.
Ten. ¿La quiéres?

Hombre eres de dos mugeres.
Juan. Mira si me sirve hoy.
Es buena tal prevencion
quando esto en el mundo pasa.
Ea Hipólita á tu casa
echo ya la bendicion,
y á la dama de repuesto
me acojo... *abren.*
Ten. Que abren repara.
Juan. Alto, pues, á ver á Clara,
que esta se enturbió.
Ten. Sea presto *vanse.*

ESCENA IV.

D Clemente y Martin.

Mart. Yo me estaba consumiendo
al verte despacio hablar:
tu Clara mudó de casa,
y fué su criada ya
á decirlo.
Clem. Dónde vive?
Mart. Segun las señas que dá
en la calle de las Huertas.
Clem. Pues vamos que cerca está;
pero quién habrá pagado
el medio año?
Mart. Necedad,
como no le pagues tú
mas que le pague el Soldan:
si tú pagarlo no puedes
no vayas a preguntar
quién dió el dinero, ó quién no,
porque te responderán
que no le han pagado, y luego
te le harán á tí pagar.
¡Pero ay Dios!
Clem. ¿Qué te sucede?
Mar. Que aquí llega D. Julian,
hablador, y entremetido
qual nunca se ha visto igual.
Clem. Pues huyamos de el.
Mart. No es fácil,
que nos ha atisvado ya.
Clem. Mas sin embargo anda aprisa.

ESCENA V.

Dichos, y D. Julian.

Jul. D. Clemente.
Mart. Oir, y andar.
Jul. Ah D. Clemente.
Clem. Ya es fuerza
responderle. D. Julian,
¿pues qué haceis por estos barrios?
Jul. Nada; que he visto pasar
un carro lleno de trastos
de Doña Clara Guzman;
una dama á quien yo adoro.
Clem. ¿Martin?
Mart. No hay que martinear,
que ya estoy en todo el caso.
Jul. Ayer vine de un lugar,
y yendo á verla á su casa
hallo que no vive ya.
Hoy vi el carro, le seguí,
pero hallé junto al corral
de comedias dos amigos,
con ellos púseme á hablar,
y haseme perdido el carro.
Mart. No es mucho, tú por charlar
perderás hasta el pellejo.
Clem. De ese modo que esperais,
si como decis perdisteis
el carro?
Jul. Que ha de pasar
quando vuelva de vacío,
y el carretero dará
las señas de donde fué.
Mart. Brava industria con verdad.
Clem. ¿Y si son de otra los trastos?
Jul. Yo bien puedo asegurar,
que vi un estrado y alfombra,
sin seis sillas de nogal
y baqueta de Moscovia,
que hecha la cuenta me están
en tres mil reales de plata
que ya pagué real á real.
Clem. Mucho os cuesta la tal dama.
Jul. Aún cuestame mucho mas
en suspiros.
Clem. ¿Y ella os quiere?
Jul. No sé si me engañará,
pero me dice que sí.
Clem. Oyes?

Márt. Mentira será:
repara que si esta otra
nos vé parados estar
ha de caer en sospechas.
Clem. Dices bien: vamonos yá
á decir dos mil injurias
á Clara.
Mar. Mucho será
que ese amigo lo permita.
Clem. Le engañaré; D. Julian,
puesto que aguardais al carro
vuestra licencia me dad.
Jul. No, que habiendoos encontrado
os tengo de acompañar.
Mart. ¿No lo dige?
Clem. Pero el carro...
Jul. Quien sabe si volverá
por otras calles.
Clem. Voy lejos.
Jul. ¿Pues qué tan léjos será?
Clem. Junto al rastro.
Jul. Cabalmente
tengo una visita allá.
Clem. Vámos por unos dineros.
Mart. Y por Dios que real á real
he de contar los diez mil,
(de esta manera se irá)
No he de tomallos apeso.
Jul. Yo te ayudaré á contar.
Mart. Ya escampa.
Clem. Martin qué haré?
Mart. Señor, vamos á S. Juan
al entierro de D. Cárlos.
Clem. Dices bien, mejor será,
que debo mucho á su casa.
Jul. Yo tengo por necedad
ir á entierros.
Clem. Es forzoso.
Jul. Lo siento.
Mar. Vaya se va.
Clem. Era grande amigo mio
el muerto.
Jul. Si hay amistad
tan grande, solo por vos
me iré con él á enterrar.
Mart. Enterrado te vea yo.
Clem. No me puedo separar
de este posma.
Mart. Lo mejor
es que empezemos á andar,
y ver darle cantonada
en el camino.
Clem. Será
la cosa mas acertada:
¿con qué venís á S. Juan?
Jul. Solo por acompañaros.
Clem. Si es eso; vamos allá,
Mart. Por Dios que todo Madrid
le hemos de hacer pasear.

ESCENA VI.

Sala de casa de Clara: ésta, é Isabel.
Isab. ¿Te gusta este quarto?
Clar. Si.
solamente por ser nuevo.
Isab. Perdoname si no apruebo
que en todo pienses asi
Clara. Calla y arregla el estrado
pues D. Clemente vendrá.
Isab. Sin duda no faltará
porque ya dejé el recado.
A este avisaste primero
que á nadie.
Clar. Que estraño es,
si aunque me visitan tres
solo á D. Clemente quiero.
Isab. ¿Qué haces con los otros dos?
Clara. Consentirlos.
Isab. No comprendo,
tu capricho.
Clara. Yo me entiendo.
Isab. Explícamelo por Dios,
que no puedo penetrar
por qué tres amantes tienes,
y á todos los entretienes,
si á uno solo has de premiar:
á mi muy mal me parece
los engañes.
Clar. No es gran daño,
si á cada uno en este engaño
doy el puesto que merece.
Isab. ¿Le dás su puesto?
Clar. Es así,
y porque veas mi razon
voy á hacerte relacion

del cómo vivo yo aquí.
Surca ese golfo del Prado
la nave de mi belleza,
y apenas á hacerlo empieza,
quando de uno y otro lado
se comienzan á arrimar,
viniendo por rumbos varios
los piratas y corsarios
que la quieren apresar.
Con suspiros que son fuego
me intiman la rendicion,
pero yo en esta ocasion
todas las velas desplego,
y fingiendo me retiro
me los llevo ácia alta mar
donde los llego á cansar,
y todas sus fuerzas miro.
Unos requiebros disparan
que no me alcanzan jamás,
porque es pólvora, y no mas:
otros mas diestros preparan
la artillería de ofertas,
y amayno las velas yo,
porque nada se perdió
en comprobar si son ciertas.
Hecho anclas, y por probar
si fué falso aquel embido,
suelo disparar un pido
con que los vengo á obligar
á una capitulacion,
donde conozco al instante
si el tal es buen navegante
ó viaja por diversion.
Supuesto que amarme quiera,
intímole que es forzoso
que trate de ser mi esposo,
pues no soy nave correra
de las qüe con rumbo incierto
los mares suelen cruzar,
y siempre están en el mar
sin llegar jamás al puerto.
Muchos ya me dan el si
de esposo, y no creo á todos,
por lo-qual invento modos
para cerciorarme asi
de su mentira ó verdad.
con que unas treguas firmando
vienen, me hablan, y observando
voy su buena calidad.
He aqui el motivo Isabel
por que yo entretengo á tres,
hasta conocer quál es
el mas constante y mas fiel.

Isab. Muy bien, pero hallo un reparo.

Clar. ¿Quál?

Isab. Que te quieras casar
con D. Clemente Aguilar
no tiene nada de raro.
Pero que tu esposo sea
D. Julian el hablador,
me parece que es error,
porque tú no eres tan fea
que á esclavitud te condenes
solo por tener marido.

Clar. Es rico, aunque no entendido,
y me cautivan sus bienes.

Isab. ¿Y en Juan Martinez Caniego
qúe hallas?

Clar. Su buen natural.

Isab. No vi mayor animal.

Clar. Es necio, no te lo niego,
pero rico.

Isab. Nada importa,
si su bolsa irregular
es larga para guardar,
y para sacar muy corta.
Por no tener precision
de encender luz en su casa,
hizo un bujero que pasa
hasta la otra habitacion
del vecino, y por allí
se alumbran amo y criado.
Yo no sé qué has esperado
que te pueda dar á tí
un hombre que es tan roñoso.

Clar. Miserable con caudal
puede hacerse liberal
pero el pobre aunque garvoso
jamás de pobre saldrá,
y aunque voluntad tuviese
el regalo que el me diere
muy poco ó nada será:
dichosa me llamaria
si á Clemente acompañára
el caudal

Isab. No es cosa rara.

llegue á tenerle algun dia.
Clar. Lo qne tarde en ser oidor
tardaré yo en ser su esposa.
Isab. ¿Pero dí: no estás dudosa
de la verdad de su amor?
Clar. O sabe disimular,
ó sabe ser fino amante.
Isab. Calla, porqne en este instante
por la pnerta le veo entrar.

ESCENA VII.

Dichas, y Clemente.

Clar. Dices bien, él es, Clemente,
¿cómo no me das los brazos
despues de tres dias de ausencia?
Clem. Qnita cocodrilo falso
que despedazarme intentas
llamándome con halagos.
Clar. ¿Qué dices: estás celoso,
ó loco, qne vale tanto?
Clem. Loco me tuvo el amor,
y me curó un desengaño;
y asi...
Clar. No sigas Clemente,
que es fuerza tratar despacio
este pnnto: siéntate...
Clem. No es posible.
Clar. Por mi mano
te presentaré la silla.
Clem. Si, pues siempre por tu mano
vienen los agravios mios.
La silla qne me estás dando
es testigo qne acredita
la falsedad de tu trato.
Clar. ¿Esta silla?
Clem. Quitala,
ó la haré dos mil pedazos:
corre traidora á ofrecerla
al mismo qne la ha comprado,
por lograr de esta manera
tener asiento en tu estrado:
D. Julian de Mata sea
quien te enamore hasta tanto
que desengañado quede.
Clar. Ya he entendido todo el caso:
zelos tienes, es verdad?
Clem. No son zelos los agravios,
y asi traidora inconstante...
Clar. Señor D. Clemente, paso:
¿de qnando acá vos zeloso?
vos de qnando acá indignado
conmigo, sabiendo vos
qne en el amor de acá abajo
nunca pnede pedir zelos
quien no los pide sobre algo?
¿Pobrecito, y muy zeloso?
Si pensais que yo no valgo
mas de aquello qne yo os cuesto,
poco valgo en este caso.
¿Traidora á mi, señor mio?
pnes por qué no haceis reparo,
que en vez de haberos vendido
soy yo la qne os he comprado?
Clem. Clara, dexemos las chanzas;
bien sabes que te idolatro
con el amor mas rendido,
que será tuya mi mano
apenas mis pretensiones
tengan el fin deseado.
Clar. Y hasta entonces, D. Clemente,
pensais que del ayre paso?
Clem. Diosa te juzgó mi alma.
Clar. Siento te hayas engañado;
pero aunque yo fuese diosa,
¿quándo á los dioses faltaron
los sacrificios?
Clem. Mi pecho
te rendía en holocausto
el corazon.
Clar. Poca cosa.
Clem. ¿Poco dices?
Clar. Y es bien claro:
el corazon es la alaja
que en el pecho vale algo;
pero en sacándole, á Dios,
arrojarle es necesario.
Clem. Que siempre has de estar de burlas.
Clar. Quieres que chanzas dexando,
con formalidad te cuente
lo que huvo en este caso.
Clem. Si quiero.
Clar. Pues oyeme.
Me vió como uno de tantos
D. Julian, y le agradé:
quiso aspirar á mi mano,

y solo encontró desvíos.
Isab. Va de mentira. *ap.*
Clar. Empeñado
en lograr su pretension
me hizo no sé que regalos,
que admití por recompensa
de los muchos malos ratos
que su lengua, y su tontuna
me hacian sufrir, y quando
pensé yo que se cansaba
de solicitar en vano
mi corazon, me envió
esa alfombra, y ese estrado.
Entonces yo, conociendo
que pues me habia enviado
sillas queria de asiento
establecerse á mi lado,
me aproveché de su ausencia
para mudarme á este barrio,
donde no es fácil que me halle
por estar muy apartado
del otro en que yo vivia.
Es preciso que este chasco
le quite las esperanzas
que él se habia figurado.
Mira aqui toda la causa
de esos zelos. Un estrado
dado por un necio amante,
que en recompensa ha logrado
un desaire.... Dueño mio,
dame la mano, y seamos
amigos como primero.
Clem. Pero D. Julian.
Clar. Es claro.
que le aborrezco.
Clem. Ah!..
Clar. ¿Lo dudas,
quando confirma esta mano
las palabras de mi boca?
Clem. Eres muger.
Clar. Pero te amo,
y una muger con amor
siempre habla verdad. *llaman.*
Isab. Llamaron?
Clem. Puede sea D. Julian
que quedó en Jesus hablando
con uno.
Clar. Nada me importa,
verás que le desengaño
delante de tí. Isabel
abre la puerta.
Isab. Volando. *vase.*
Clem. ¿Cón que á mi amor correspondes?
Clar. Me haces agravio en dudarlo:
solo deseo ser tuya.
Sale Isabel.
Isab. Doña Beatríz Bolaños
viene á verte.
Clem. Ay mas desgracia *ap.*
Beatríz aquí...
Clar. Temprano
ha tomado la visita
la casera.
Clem. ¡Qué he escuchado!
¿es suya esta casa?
Clar. Si;
¡pero te has sobresaltado!
¿la conoces?
Clem. No.
Clar. Clemente
no me engañes.
Clem. No te engaño;
pero dexa que me esconda
no me vea.
Clar. ¿Qué reparo
tienes?
Clem. El que no mormure
de tu opinion.
Clar. Yo no alcanzo
que hay fundamento para ello.
Clem. No le hay: mas sin embargo
mejor es que no me vea:
yo me retiro á este quarto
hasta que se vaya.
Clar. Escucha. *(conde.*
Clem. Nada... esto es necesario. *se es-*
Clar. ¿Si será su dama?
Isab. Puede;
pero mira que aguardando
está en el recibimiento. *(Isab.*
Clar. Que entre. Por el cielo santo, *vas.*
que si es verdad mi sospecha
me he de vengar de este falso.

ESCENA VIII.

Clara, y Beatríz.

Beat. ¡Vecina mia!

Clar. ¡Señora!
disimulad que aguardando
os haya tenido.
Beat. La hora
es disculpa. ¿Habeis pasado
buena noche?
Clar. Para mí
todas son buenas. Sentaos.
Beat. No amiga, que esta visita
será corta.
Clar. Sin embargo,
habeis de tomar asiento.
Beat. Por complaceros lo hago.
Clar. Me parece hemos de ser
muy amigas.
Beat. Mucho gano
en que así se verifique.
Clar. Mia será en ese caso
la dicha. Ya ha mucho tiempo,
que sin haberos tratado,
os conozco. De este modo
saber mis zelos aguardo. *ap.*
Beat. ¿Podré saber cómo fué?
Clar. No tengo ningun reparo:
una amiga me elogió
vuestra belleza.
Beat. Es sentado,
que tambien sería mi amiga
quando así habló.
Clar. No: al contrario,
era una contraria vuestra.
Beat. ¿Qué decis? Creo no he dado
causa á ninguna para ello.
Clar. Vuestro rostro es quien la ha dado.
Beat. Mi rostro?
Clar. Si, pues por él
á la dama de quien hablo
la hicieron algun desayre.
Beat. Me alegrára saber quándo,
y cómo fué.
Clar. Os lo diré,
que entre damas no hay reparo.
un D. Clemente (no sé
el apellido) prendado
de ésta señora que os digo,
la ofreció palabra y mano
de esposo: despues os vió,
y á su palabra faltando
se declaró vuestro amante.
Beat. ¡Mi amante!
Clar. Ved que no salgo
por fiadora del lance:
cuento lo que me contaron,
y quizás me engañarian.
Beat. No, amiga, no os engañaron:
D. Clemente es quien aspira
á coronar con mi mano
su amor.
Clar. Decid, ¿y os visita?
Beat. ¿Por qué es la pregunta?
Clar. Hablaron
de tal modo de ese jóven,
que cierto gana me ha dado
de conocerle: presumo
que no hallareis en lo que hablo
motivo alguno de zelos.
Beat. Vos sois muy capáz de darlos;
pero el amor de Clemente
le tengo muy comprobado.
Clar ¡Ah traidor! *ap.*
Beat. Pero hasta ahora
en esta casa no ha estado,
ni aun sabe que en ella vivo.
Clar. Paréceme muy estraño.
Beat. Quando sepais el motivo
no lo estrañareis... ¿llamaron? *llaman.*
Clar. No importa... seguid diciendo.
Beat. Estos son cuentos muy largos,
y asi...

Sale Isabel.

Isab. Señora, D. Juan.
Clar. A qué mal tiempo ha llegado:
que aguarde un rato.
Beat. No es justo.
Clar. Es Regidor de Betanzos,
y medio pariente mio,
es decir que no le trato
con cumplimiento.
Beat. No importa:
recibidle, y mas despacio
hablaremos otra vez,
ya que en casa nos quedamos.
Clar. Bien decís
Beat. A Dios.
Clar. Dexad
que os acompañe.

Beat. Es en vano,
y no lo he de consentir.
Clar. Como gusteis...Yo me abraso *ap.*
de zelos. *vase.*
Isab. Tocó la vez
á D. Juan?
Clar. Que entre, y finjamos
amor; pues de esta manera
me vengaré de ese falso.

ESCENA IX.

Clara: Juan Martinez é Isabel, y Teneblario.

Clar. D. Juan, mi señor, mi bien,
cómo habeis tardado tanto
en venirme á ver: será
que no habeis la casa hallado
hasta ahora.
Juan. A ti alevosa
es á la que no he encontrado,
que la casa allí se estaba.
Clar. Pues no os dieron el recado
de que me mudaba!
Juan. No.
Clar. Isabel:::
Isab. Este regaño
es en memoria de aquel
que está en el quarto encerrado. *ap.*
Clar. ¿Qué dices?
Isab. Que me perdones
si me olvidé...
Juan. No enfadarnos
por poca cosa: Lo cierto
que á no ser por Teneblario
que toda la antigua calle
recorrió de arriba abajo
preguntando por la casa
de la mudanza, no damos
contigo en un año entero.
Isab. Ni un mes hubiera pasado
yo sin buscarte.
Juan Lo creo.
Este es amor Teneblario,
y no el de la otra.
Ten. Veremos
lo que sale.
Clem. Yo he escuchado *á la puerta.*
voz de hombre... Con efecto,
galan bien estrafalario
por cierto.
Clar. Sientate.
Juan. Si.
Clar. ¿Qué tal te parece el quarto?
Juan Bonito por vida mia:
quánto cuesta.
Clar. Cien ducados.
Juan. Fuego de Dios: en mi tierra
no vale tanto un palacio:
¿pagaste, segun costumbre,
el medio año adelantado?
Clar. Ya está.
Juan. Pues toma un consejo:
no vuelvas á dar un quarto
hasta que te echen por fuerza
á la calle, y es barato
entonces el quarto.
Isab. ¡Cómo!
¿un Regidor de Betanzos
dá un consejo tan ratero?
Clar. No ves que se está chanceando
el Sr. D. Juan?
Juan. No tal,
aconsejo lo que hago
yo mismo. Por cierto que ahora
estoy acá meditando
poner pleyto á mi casero.
Clar. ¿Y por qué?
Juan. ¿No me ha alquilado
la casa por todo el tiempo
que yo la ocupe?
Clar. Es sentado.
Juan. Tambien lo es que todo el dia
en otras casas le paso:
conque así ha de rebajarme
del precio que está ajustado,
por lo menos la mitad,
pues de pagarle no trato
la casa, sino aquel tiempo
que *fisice* en ella me hallo.
Clar. ¡Qué gracioso eres!
Clem. ¡Habrá
muger de gusto mas raro!
Isab. Señor D. Juan.
Juan. ¿Qué me quieres?

Isab. ¿No esterareis este quarto?
Juan. Esterarle á costa mia?
eso fuera andar rodando
mi caudal por esos suelos:
ademas, ya está el verano
encima, como quien dice.
Isab. ¿Pues en enero no estamos?
Juan. Es verdad, mas por febrero,
segun dice aquel adagio,
ya busca la sombra el perro,
mira que harán los cristianos.
Clar. Para todo halla salida;
no vi un ingenio mas claro.
Dices muy bien, pasará
sin esterar este quarto,
que no es razon que malgastes
el caudal que te ha costado
tantas tareas y afanes.
Juan. ¿Oyes esto Teneblario?
di, ¿daria este consejo
otra?
Clar. Quien te quiere tanto
como á su vida, es preciso
que no te arruine.
Juan. Yo alabo,
aun mucho mas que tu amor,
esa prudencia de un sabio.
Clar. Mi amor se precia de fino,
y de desinteresado.
Juan Y aun eso es amor en paz,
porque en habiendo regalos
todo es dares, y tomares:
deja, que has de ir á Betanzos
á ser Regidora, y todos
rabiarán al ver que me hallo
dueño de tanta hermosura.
Clar. Yo seria en ese caso
la dichosa.
Juan. Y yo el dichoso;
pero, pues ya he descansado...
Clar. Marcharte quieres?
Juan. No, hermosa,
lo que quiero es ver el quarto:
la salilla es regular,
las demas piezas veamos.
Clar. No entres en ellas.
Juan ¿Por qué?
Clar. Porque estan llenas de trastos.
Juan. No importa, bien cabré yo.
Isab. Habrá uno mas. *llaman.*
Juan Han llamado. *vas. Isab.*
Clar. Mas si será D. Julian,
que la casa habrá acertado *ap.*
como es tan entremetido.
sale Isabel.
Isab. Señora, ya volvió el carro,
con la ropa y los dos mozos.
Clara estará hablando aparte con Isabel.
Juan. ¡Mozos! Vamos Teneblario,
no pidan los ganapanes
para beber, y el rechazo
caiga sobre mi bolsillo.
Ten. Muy bien lo has pensado: vamos
huyendo de socaliñas. *(Clar.*
Isab. No tengais ningun cuidado, *ap. á*
que yo haré que los dos mozos
lo bajen todo del carro
con mucho tiento.
Juan. A Dios Clara.
Clar. Donde vas?
Juan. Voyme arrimando
ácia mi casa, que es hora
de comer.
Isab Si es muy temprano.
Juan. No: y ademas vivo léjos.
Clar. ¿Y volvereis pronto?
Juan. En quanto comas.
Isab. Bien pronto será.
Juan. A Dios hechizo adorado.
Clar. Hasta la tarde bien mio.
Juan. Hombre, nunca la he encontrado
tan cariñosa.
Ten. Será
porque allá en el otro quarto
se dejaria el desden.
Juan. Sea por lo que sea, vamos,
no me acometan los mozos. *vanse.*
Isab. ¿Qué le dirá á su criado?
Clar. Alguna majaderia.
Isab. Pues voy á arreglar los trastos
que han venido. *vase.*
Clar. Y yo mis zelos
voy á vengar entre tanto.

ESCENA X.

Clara y Clemente.

Clar. Salid Sr. D. Clemente,
no tengais ningun reparo
que ya se fué vuestra dama.
Clem. Sí, porque cedió el estrado
á vuestro galan.
Clar. ¡Traydor!
Clem. Mis zelos he presenciado.
Clar. Primero supe los mios.
Clem. Eres mudable.
Clar. He tomado
tu exemplo.
Clem. Comun disculpa,
dirás que así te has vengado.
Clar. Me hice justicia á mí propia.
Clem. Muy pronto te has enterado
en los casos de justicia;
no me admiro, ni lo estraño,
que es tu amante un Regidor.
Clar. Sabe que vive en el quarto
de arriba la que tu adoras.
Clem. Y que te vas á Betanzos.
Clar. ¿Qué en fin tienes otra dama?
Clem. Sí; pero estamos pagados.
Clar. La dama es muy como tuya.
Clem. Y el galan pintiparado
para una alevosa.
Clar. Sé
que me ama.
Clem. Yo he notado
eso mismo en Beatriz.
Clar. Pues corresponde á su halago,
y jamas vuelvas á verme.
Clem. Como siempre he venerado
á la justicia, la cedo
el derecho de tu estrado.
Clar. A Dios para siempre.
Clem. A Dios.
Clar. Juro por los cielos santos
que te he de matar á zelos.
Clem. No tendrás que figurarlos;
pero pues me agravias tú
yo vengaré mis agravios.

ACTO SEGUNDO.

Vista de calle distinta de la del acto primero.

ESCENA I.

Don Clemente y Martinez.

Mar. Que á Clara vuelvas á hablar!
no he visto mas necio error.
Clem. Que quieres? téngola amor,
y no la puedo olvidar.
Mart. Pero si ella admite á tres,
cómo te puede querer.
Clem. Tambien yo hablo á otra muger,
y con todo Clara es
la que mi amor prefirió,
y así, aunque llegó á ofenderme,
bien puede un amor tenerme
como el que la tengo yo.
Mart. Es amor de conveniencias
que á todos gustos conviene.
Clem. No es amor todo el que tiene
del ámor las apariencias:
Tan solo por diversion
á las otras adoré,
y á doña Clara entregué
de veras mi corazon.
Mart. Quánto me hubiese alegrado
hallarme contigo yo
quando Beatriz la habló.
¡Nunca me hubieras dexado
con el maldito hablador,
é incansable D. Julian!
Clem. Cuéntame ya cómo fué
librarte de él.
Mart. Esperé
á qué habiase el charlatan
todo quanto le dió gana
con el otro que encontró,
y apenas vi que acabó
le dixe que ácia Santa Ana
nos esperabas: de allí
á la Plaza le llevé,
y al primer corro que halle
de D. Julian me perdí:
antes de que me encontrase
yo escapé lleno de miedo

por la calle de Toledo.
Clem. Fortuna fué no te hallase.
Mart. Sí que lo fué: pero di,
Beatriz de quando acá
compró casa?
Clem. Eso me dá
mucho que pensar á mí;
tan rica no la juzgaba.
Mart. Puede ser que haya heredado
desde que te has retirado
de su casa.
Clem. La trataba
por diversion con frecuencia,
y ella me ofreció su mano,
pero súpolo su hermano,
se enojó, y la competencia
no quise yo sostener
pues amor no la tenia.
Mart. Yo eso mismo contaria
á Clara, y aun puede ser
que la contentes así.
Clem. Lo que falta es que lo crea.
Mart. Siempre lo que se desea.
se cree muy bien. Allí
viene ella, si no me engaña
la vista.
Clem. Tienes razon.
Mart. Hablala, pues la ocasion
te se presenta y con maña
procura paces hacer.
Clem. Mas de modo que no crea
que soy yo quien lo desea.
Mart. Eso es saberlo entender:
eres maestro vive Cristo.
Clem. Calla que se acerca aquí.

ESCENA II.

Dichos, Clara é Isabel.

Isab. Mira á tu querido allí.
Clar. Calla Isabel: ya le he visto;
pero fingir me conviene
que no le vi.
Isab. Linda cosa
es hacer la desdeñosa.
Clar. Pues enojada me tiene
me quiero hacer de rogar.
Isab. Dices bien: vamos á casa.
Mar. Lo ves? sin hablar se pasa,
Clem. Ya es fuerza llegarla á hablar:
doña Clara.
Clar. Quién me llama?
Jesus, sois vos!
Clem. No os asombre
verme.
Clar. No estraño que un hombre
venga á visitar su dama.
Clem. ¿Mi dama? Con nombre tal
no os quiero nombrar ahora.
Clar. Lo dije por la señora
de este quarto principal.
Cerrado tiene el balcon,
estraño que no esté en él.
Clem. Mi corazon, ó cruel,
juzgas por tu corazon:
como vienes de buscar
á D. Juan tu fino amante....
Interrúmpele con viveza.
Clar. Por eso he dicho al instante
que á la otra vienes á hablar.
Mart. Bravo quite vive Dios.
Clar. Subid sin mas detencion,
no sea que salga al balcon,
y se enoje con los dos.
Clem. ¿La temeis?
Clar. No: pero es bueno
vivir con la vecindad
en santa paz y amistad.
Clem. Ah Clara quánto veneno
llevan las palabras tuyas.
Clar. Pero el veneno, Clemente,
aun no ha sido suficiente
para hacer que de mí huyas.
Clem. ¿Luego presumes que á tí
he venido á visitar?
Clar ¿Cómo puedo yo pensar
que vienes á verme á mi?
con tus amantes estremos
entiendo el fin que pretendes,
y en fin entiendo....
Clem. ¿Qué entiendes?..
Clar. Que los dos nos entendemos.
Me engañaste, te engañé,
con que pagados quedamos,
y asi no es justo riñamos.

Clem. En fin, Clara, acábese
el fingir, y hablemos ya
con verdad.
Isab. D. Julian viene. *ap. á ella.*
Clar. Mucho á mi intento conviene.

ESCENA III.

Dichos, y Don Julian.

Jul. Ola, ¿estamos por acá?
Clem. Solo nos faltaba ahora
su visita impertinente.
Jul. ¿Pues qué amigo D. Clemente,
conoceis á esta señora?
Clar. Pensaba este caballero
que estaba el quarto vacio.
Jul. ¿Pues qué es eso, amigo mio,
casa os falta? Daros quiero
un quarto en mi calle, que es
la mejor que hay en Madrid:
Clara ya vuelvo: venid
á verle.
Clem. Iremos despues.
Mar. De qualquier necio me rio,
qué este á todos sobre pasa.
Jul. Clara, ofrecele la casa,
que es un grande amigo mio.
Clem. ¿Qué irá á responder.
Clar. Ahora
sus zelos aumentaré: *ap.*
si es eso conózcame
por su mayor servidora,
pues basta...
Clem. ¡Qùe es lo que escucho!
Clar. Ser amigo tan sincero
de sugeto á quien yo quiero,
para que os estime mucho.
Clem. La merced debo estimar,
y que me hallareis espero
en este quarto primero
quando me querais mandar.
Jul ¿En este?
Clem. Si.
Jul. ¿Cuyo es?
Clem. De una prima hermana mia.
Jul. ¿Vais á verla?
Clem. Sí.
Jul. A fe mia, ...
que voy á besar sus pies.
Mart. ¡Hay mayor entremetido!
Jul. Vamos.
Clar. Luego habrá lugar,
que ahora yo os tengo que hablar.
Clem. Si es eso, yo me despido:
á Dios señora.
Se entra él y Martinez.
Isab. Que va
á ver á su dama. *ap. las dos.*
Clar. No.
Isab. Si la escalera subió.
Clar. Aunque la suba no irá.
Jul. Vaya, tu casa veamos.
Clar. Abre la puerta.
Isab. Ya voy.
Clar. Veremos quién vence hoy;
ven Julian.
Jul. Clarita vamos.
Se entran, y salen Don Clemente y Martinez.
Mar. Por Dios que la puerta abrieron,
y que se han entrado en casa.
Clem. ¿Martin qué es lo que me pasa?
Mart. Lo que pasa á los que hicieron
alarde de su valor
en las guerras de Cupido.
Clem. Bien dices, aquí el rendido
es el que vence mejor.
Mar. Has de entrar, ó te has de ir,
en tanto que están hablando?
Clem. Estaba yo imaginando
un arbitrio para oir
lo que hablan.
Mar. ¿Cómo será?
Clem. Está abierto el patio?
Mart. Si. *asomád. á la puert.*
Clem. El quarto en que me escondí
tiene ventana que dá
á ese patio. Sigueme,
que es bien fácil la subida.
Mart. Linda traza por mi vida.
Clem. Mis zelos confirmaré
de este modo, y vive Dios
que si llego á confirmarlos...
Mart. ¿Qué harás?
Clem. Salir á vengarlos

dando la muerte á los dos. *vans.*

ESCENA IV.

Sala de la casa de Clara.

Don Julian, Clara, Isabel, y luego Clemente y Martinez.

Jul. Tienes muy bonito quarto,
aunque es un poco pequeño,
y puesto que ya le he visto,
siéntate porque tenemos
mucho que hablar esta vez.
Clar. Aguardad por un momento:
Isabel viste salir *ap. las dos.*
á D. Clemente?
Isab. Me he puesto
á la reja, y no ha salido.
Clar. Mas si subiria en efecto
á ver la otra?
Isab. Presumo
que asi habrá sido.
Jul. ¿Qué es eso?
Isab. Nada señor.
Jul. Es que á mí
no me gustan los secretos.
Clar. Ni á mí me gusta tampoco
que vos seais tan grosero,
que en mi casa...
Jul. Poco á poco,
y pues á reñirte vengo
no empieces riñiendo tú.
Clar. ¡A reñirme!
Jul. Toma asiento,
y oyeme con atencion.
Clar. Que haya de sufrir á un necio,
quando apenas en mi estoy
segun me ciegan los zelos! (*quart. Clemente y Martinez á la puerta del*
Mart. Lindo escondite para oir
quanto hablan.
Clem. Guarda silencio.
Jul Pues señora doña Clara,
habrá como mes y medio
que en el Prado os ví una tarde,
y tan tarde, á lo que entiendo,
que por mucho que corrí
llegaron otros primero
á ocupar...
Clar. ¿El qué?
Jul. El lugar
que en vuestro divino pecho
queria yo pretender;
sin embargo, dos requiebros
os dixe, y no se quebraron
en el camino, supuesto
que llegaron al oido,
y que respuesta tuvieron:
citásteisme á vuestra casa,
ponderasteis vuestros deudos,
os informasteis tambien
de mi nobleza, y sabiendo
que soy D. Julian de Mata,
admitisteis al momento
la palabra que yo os dí
de ser vuestro esposo.
Mart. Creo
que ella la admite de todos
los que llegan.
Clem. Escuchemos.
Jul. Proseguian las visitas,
pero lo del casamiento
me pareció iba muy largo:
siendo breve mi deseo:
os hice varios regalos
para rendir vuestro pecho,
y mirando que soy rico,
y con amor, que es lo mesmo,
que ser tonto por dos lados,
pedisteis con muchos ruegos
que un estrado os enviase:
hízelo yo con efecto,
preciándome de galan,
y quando estaba creyendo
que habiendo asientos pedido
queriais tener asiento,
de la noche á la mañana,
mientras yo estube en mi pueblo
mudasteis de casa y barrio
sin darme noticia de ello.
Clar Eso ha sido...
Jul. Aun falta mas:
volvi á Madrid, y al momento
fuí á vuestra casa antigua,
informéme por estenso,

pero todos me negaron
noticias del paradero
que llevabais Sin embargo.
tales cosas me dixeron,
que me hicieron sospechar.
Clar. ¿Y teneis atrevimiento
de sospechar de mi?
Jul Si;
y escuchad la causa de ello.
Mart. Esto es de mucha importancia.
Jul. Quando principio tubieron
mis visitas, me dixisteis
que nunca podia veros
como no fuese de noche,
y eso de prisa y corriendo,
por la reja las mas veces,
y siempre...
Clar. La causa de eso
es que mi hermano me zela.
Jul. En el hermano está el cuento:
por qué de dia tambien
no os zela ese caballero?
Clar. ¿De dia?
Jul. Si, quando van
á veros otros sugetos,
pues á lo menos ya sé,
que tengo dos compañeros
en la oposicion.
Clar. En fin,
todo ese largo rodeo,
tan lleno de impertinencias,
fué para pedirme zelos?
Jul Si señora, y es preciso
que en este instante aclaremos
este punto. Conoced
que yo estas cosas entiendo,
y que de nada me espanto.
Si teneis un quebradero
de cabeza, nada importa,
con tal que en este momento
me prometais despedirle,
y ser mi esposa.
Clar. No quiero
responderos.
Jul. ¿Por qué causa?
Clar. Me desayrára en hacerlo:
las mugeres como yo
nunca aman á dos a un tiempo.
Mart. ¡Qué tal!
Clem. ¡Ah falsa traidora!
Jul. No penseis que satisfecho
me dexais con esas vanas
protestas. En estos tiempos
es comun el admitir,
por via de pasatiempo,
la conversacion de muchos,
y es muy fácil que este exemplo
hayais seguido.
Clar. Ofendeis
de ese modo mi respeto.
Jul. No es contra la estimacíon
que un honesto galanteo
recibais, y aun mas diré,
que no he de dudar por esto
el que me tengais amor.
Clar. Estraño sois vive el cielo:
cómo es posible que yo
no falte al cariño vuestro
escuchando á otro galan.
Jul. Siendo con el pasatiempo,
y no mas.
Plar. ¿Y eso es posible?
Jul. La prueba tengo en mi mesmo
yo obsequio á una cierta viuda...
Clar. ¿Qué decis?...
Clem. El por lo ingenuo
me gusta.
Jul. Por diversion
la digo quatro requiebros,
que no pasan de la lengua,
y la verdad de mi afecto
es para tí.
Clar. Pues sabed
que yo consentir no quiero
esa alternativa. Andad,
y pues que sois tan grosero,
que en mi presencia contais
vuestros necios galanteos,
no volvais á verme nunca.
Jul. ¡Cómo nunca! Está muy bueno,
que no me he ofendido yo
porque con tanto secreto
te mudastes, y te ofendes
porque he contado sincero
una aventura amorosa?
Clar. No puedo tener afecto

á quien con otra me ofende.
Jul. Y podré yo estar contento
sabiendo que tienes dos
que te visitan?
Clar. Si zelos
me dais, cómo pretendeis
que satisfaga á los vuestros.
Jul. Esa es disculpa.
Dentro Juan Martinez.
Juan. Há de casa? *á Clar.*
Isab. Juan Martinez de Caniego (*ap.*
Clar. ¿Qué haremos?
Jul. ¿Quién es quien llama?
Clar. Es un pariente que tengo
en Madrid: escondete. *golp dent.*
Jul. ¿Esconderme yo? no quiero.
Clar. Si eres noble...
Jul. Sí lo soy,
pero como mis intentos
son el que seas mi esposa,
nada importa que tus deudos
me conozcan.
Juan dentro.
Juan. ¿No hay quien abra?
Clar. Que no quieras?
Jul. He resuelto
no esconderme. Abre la puerta,
ó sino la abro yo mesmo, *vas. Isab.*
Clar. ¡Hay un hombre mas extraño! *ap.*
Jul. Voy á imaginar un medio
para saber si es su amante
el que llama.

ESCENA V.

Dichos, Juan Martinez, y Teneblario.
Juan ¿Quánto tiempo
habeis tardado? ¡mas olá!
¿qué busca este Caballero?
Clar. Dice que este quarto es suyo,
que tiene hecho arrendamiento
á la dueña de la casa.
Jul. Ola, mentira tenemos; *ap.*
yo la seguiré por ver
la salida de este enredo.
Juan. De ese modo la casera
dos escrituras ha hecho.
Jul. Y la mia es anterior
por derecho,
Juan. Apostemos *ap.*
á que es embuste de Clara?
Jul. ¿Que decis?
Juan. Que será cierto.
Pero en Provincia os dirán
si teneis mejor derecho;
que ésta no es escribania.
Jul. Comtemplad...
Juan. Nada comtemplo,
y así salid de esta casa.
Jul. No procedais desatento
conmigo, ó sabré vengarme.
Juan. ¿De qué modo?
Jul. Con mi acero.
Juan. Sabeis que soy Regidor
de Betanzos?
Jul. ¿Qué con eso?
Juan. Hombre no sabeis que soy
Juan Martinez de Caniego?
Jul. Sois Juan Martinez?
Juan. Si soy,
tratadme con mas respeto.
Jul. ¡Amigo del alma mia! *le abraza.*
Juan. ¿Es loco?
Jul. Viven los cielos,
que sí á mi padre encontrára
no me holgara mas.
Juan ¿Qué es esto?
Jul. ¿Mas que no caeis en mi?
Juan. No caigo; pero tropiezo.
Jul. No os acordais que en Betanzos
comí con vos?
Juan. No por cierto.
Jul. ¿Quando pasé á la Coruña
no os acordais del cortejo
que me hicisteis?
Juan. ¿Quánto há?
Jul. Habrá un año.
Juan. No me acuerdo.
Jul. Quien recibe el beneficio
se ha de acordar.
Juan. Es muy cierto:
sin duda decis verdad.
Ten. ¡Eso dices! *ap. á el*
Juan. ¿Yo que pierdo
en que este hombre sea mi amigo?
Ten. Pero no miras...
Juan. Ya veo, *ap.*

que todo esto es un embuste,
y por lo mismo pretendo
seguirle á ver en qué para.
Jul. Cómo quedan vuestros deudos,
que á todos les debo mucho?
Juan. Gracias á Dios todos buenos.
Jul. ¿Nunca os habláron de mi?
Juan. Dos mil recados me dieron
para vos.
Jul. ¿Y cómo está
aquella señora.
Juan. Quedo
hombre, que no soy casado.
Jul. Cogiome (*ap.*) Preguntar quiero
por aquella señorita;
ya me entendeis.
Juan. Ya os entiendo.
Clar. ¿Qué dama es esa?
Juan. Mi hermana:
este hombre sabe un secreto *ap.*
que á ninguno he revelado.
por el siglo de mi abuelo,
que se lo he contado yo,
aunque de ello no me acuerdo.
Jul. ¡Qué casa tiene en Betanzos
el Señor Martinez!
Juan. Eso,
la mejor que hay en la tierra.
Jul. ¿Pues luego, no tiene el pueblo
en un puño?
Isab. Si, en un puño
lo tiene él todo.
Juan. Creer debo *ap.*
que este hombre es amigo mio;
pero lo que yo no creo
es que haya sido mi huesped.
Clar. Isabel trae luces presto,
que anochece ya.
Isab. Al instante. *vase.*
Jul. Venid conmigo, que hemos
de beber juntos.
Juan. Mil gracias.
Jul. Ha de ser.
Juan. Yo nunca bebo.
Sale Isabel.
Isab. Buenas noches. *con luces.*
Juan. ¡Lindas velas!
Jul. Las de Betanzos para eso,
que allí las traen del Ferrol
como de cera.
Juan. Ello es hecho.
Jul. Ea vamos á beber.
Juan. Otra vez, que ahora no puedo.
Jul. Cierto que sois hombre corto.
Ten. El siempre lo es.
Jul. ¡Fuera bueno,
que se dijese de mí
que quando en Madrid os veo
no os obsequio!
Clar. Asi se fuera. *aparte á Isabel.*
Isab. Yo te ayudaré. Ya es eso
no estimar vuestros amigos.
Juan. Dice muy bien. Yo lo acepto.
Ten. ¿Qué vas con él á beber?
Juan. Pues di, maldito, qué pierdo
en que me convide á mi;
si fuera al reves, yo apuesto
que le costára trabajo.
Ten. ¿No miras que sus intentos
son sacarte de esta casa?
Juan. Es que yo tambien deseo
echarle fuera, y asi
bebo á su costa, y le echo
de casa.
Jul. ¿No vamos?
Juan Si.
Jul. No sabeis quánto agradezco
el favor... en el camino *ap.*
he de saber quál empeño
tiene este hombre con Clara.
Señora, guardeos el cielo,
yo soy Don Julian de Mata,
y siempre un esclavo vuestro.
Juan. ¿Don Julian de Mata sois?
otra vez á daros vuelvo
estos brazos en albricias
de haberos hallado.
Jul. ¿Luego
no me habíais conocido?
Juan. ¡Mirad quál soy! no por cierto;
sino conozco otra cosa:
vamos, señor, al momento
á beber, y aun á cenar
si quereis.
Jul. Bravo embustero *ap.*
es el Señor Juan Martinez.

Clar. ¿Quien es este Caballero?
Juan. No oyes? un amigo mio.
Clar. De quando acá.
Juan. Desde el tiempo
que tiene hecha la escritura
para este quarto.
Jul. ¿Qué es eso?
Juan. Despedirme de Clarita:
vamos no se vuelva duelo
el combite. Ea, quitad.
Jul. Señorita, á los pies vuestros. *vans.*

SCENA VI.

Clara, Isabel, y luego Clemente y Martin.

Clar. Gracias á Dios que se han ido.
Isab. Parece que mal aguero
tiene esta casa contigo,
porque se van descubriendo
tus embrollos.
Salen Clemente, y Martin.
Clem. Dices bien.
Isab. ¡Ay Dios mio!
Clar. Cómo es esto,
tú en este quarto.
Mart. Es que somos
medio brujos.
Clem. Encubierto
en esa pieza escuché
tus traiciones, y mis zelos.
Clar. Clemente.
Clem. Calla traidora, *golpes.*
dirás que fué todo esto
una venganza: tres somos
los engañados.
Clar. Prefiero
tu cariño al de los tres.
Clem. A todos dirás lo mesmo.
Clar. Tu tambien á Beatriz
se lo dirás.
Clem. No empezemos
la antigua disputa, Clara.
Es verdad que mis obsequios
la dirigí pero fué
antes de mirarte.
Clar. Y eso
cómo se podrá probar.
Clem. Es evidente, supuesto
que ignoraba yo que aquí
vivia ella.
Clar. Segun eso
es falso que ibas á verla
quando te encontré?
Clem. Mi intento
fué vengarme.
Clar. En lo que dixe
no llevaba mas objeto
que darte zelos.
Clem. Es falso,
pues Don Julian...
Clar. No te niego.
que á él y á Don Juan escuché
amorosos devaneos,
pero jamás ocuparon
ningun lugar en mi pecho.
Clem. Quien me lo asegura?
Clar. Yo:
quizás volverán muy presto,
y entonces diré lo mesmo
en su presencia. ¿No es esto
suficiente?
Clem. ¡Ah! cómo sabes
que soy tu esclavo, y no puedo
de la cadena apartarme.
Clar. Puen acabense los zelos,
y cree que soy muy tuya.
Clem. Ventura mia es creerlo. *golpes*
¿A donde son esos golpes? *(dentro.*
Isab. A la reja.
Clar. ¡Santos cielos!
Clem. Te turbas? temes que sea
otro galan?
Clar. Nada temo,
mas sin embargo...
Clem. Traidora,
este es un engaño nuevo. *golpes*
Mart. ¡Quál llaman! *(dentro.*
Clar. Mira quién es.
Isab. ¿Quién llama con tanto estruendo?
Dentro Hipólita.
Hipol. Una muger es, abrid.
Mart. La viuda es, viven los cielos.
Clar. ¿A quién busca?
Hipól. A Don Clemente.
Mart. Ya nos pescó sin remedio

Clar. ¿Traidor, oyes esto?
Clem. Clara...
Clar. Pídeme ahora zelos
del que llama á la ventana.
Hipól. ¿No sale ese Caballero?
abrid, ó alborotaré
toda la calle.
Mart. Esto es hecho.
Clem. Dueño mio. . .
Clar. No me nombres
quando tus infamias veo.
Clem. Antes que te viese á tí
traté á esa dama, y no puedo
desengañarla, aunque. . . .
Clar. Calla,
que tus engaños no creo.
Clem. Mi corazon solo es tuyo,
mas por no hacerla un desprecio
niega que estoy en tu casa.
Clar. ¿Que te niegue?
Clem. Esto te ruego
por mi amor, y por tu vida.
Hipol. Don Clemente, salid presto.
Clar. Ya es preciso resolverme. *abre*
¿A quien buscais? *la vent.)*

Dentro Hipolita.

Hipol. Eso es bueno,
á Don Clemente Aguilar.
Clar. No vive ese Caballero
en este quarto.
Hipol. ¡Qué gracia!
Yo sé muy bien que está adentro,
porque su voz escuché;
abrid la puerta al momento,
ó alboroto el barrio.

Martin llegándose poco á poco á la ventana.

Mart. Chispas,
que la viuda tiene fuegos.
¡Ay señor, que vino en coche!
Clem. ¿Qué harémos Clara?
Clar. ¿Qué harémos?
Abrir, y sepamos ya
á quien engañas.
Clem. No puedo
desayrarla.
Clar. Esto es preciso.
Mart. Lo mejor es escondernos.
Clar. Eso no: abre la puerta á Isab que
Clem. Terrible estás. *(se vá.*
Clar. Vive el Cielo
que he de averiguar ahora
si fué tu amor verdadero.

ESCENA VII.

Dichos é Hipólita.

Clar. Entrad, señora, y sepamos
quién os ha dado derecho
para venir á mi casa
de ese modo.
Hipól. Como dueño
de Don Clemente he venido
á reclamarle.
Clar. Eso mesmo
puedo yo alegar.
Hipól. Es falso.
Clar. Que lo diga él.
Clem. No me atrevo
á desmentir á ninguna.
Clar. Habla, no guardes silencio:
di en presencia de esta dama
lo que me estabas diciendo.
Hipól. Dí lo que de ella esta tarde,
por satisfacer mis zelos,
me dixiste.
Clar. ¿De mi?
Mart. Ay
lo que se va descubriendo.
Clar. En fin, qué dixo de mí?
Hipól. Que solo por pasatiempo
os hablaba: que á pesar
de desengaños diversos
vos le buscabais si él
faltaba algun dia a veros.
Clar. Es posible que tal diga?
Hipól. Y que yo sola soy dueño
de su corazon, y tanto
que me desayro si zelos
tengo de vos, pues no sois
capaz de causarme zelos.
Clar. ¡Ay desprecio semejante!
infame, mal caballero.
Clem. Clara. . . advierte.
Clar. Qué disculpa
puedes encontrar, grosero?
Hipól. Ni qué disculpa tampoco

necesita?

Clar. Eso está bueno,
porqué no ha de disculparse?

Hip. Fuera faltarme al respeto,
y faltar á su palabra:
vente conmigo.

Clar. Primero
que lo consienta...

Clem. Señoras...

Hip. Di, traydor, ¿no ha mucho tiempo
que aspiras á ser mi esposo?

Clar. ¿No vienes con ese intento
á mi casa?

Hip. Habla.

Clar. Responde.

Clem. Solo de este modo puedo,
sin desairar á ninguna,
á una y á otra responderos.

Hip. Eso no: no te has de ir.

Clar. Cierra la puerta *á Isab.*

Clem. Teneos.

ESCENA VIII.

Dichos, y Beatriz con luz.

Beat. Qué bulla es ésta, señoras:
doña Clara no consiento
que en mi casa... ¡mas qué miro!
¡Traydor, tú aquí?

Hip. ¿Cómo es esto,
le conoceis tambien vos?

Beat. Por mi mal ha mucho tiempo
que le conozco. Alevoso,
pagas con estos desprecios
mis finezas?

Hip. ¿Qué otra dama
tienes?

Mart. Si fueran saliendo
todas las damas que tiene
un siglo durára el pleyto.

Clar. En fin, Clemente, ya ves
mi desayre.

Hip. Ya estas viendo
mi razon.

Beat. Y mis ofensas.

Clar. Conque resuélvete presto
á decir á quál engañas

Beat. Estando yo aquí, primero
soy que nadie.

Clar. No es tan claro
Beatriz ese derecho
que no admita competencias.

Hip. Mirad...

Beat. Advertid...

ESCENA IX.

Dichos, Juan Martinez y Teneblario.

Juan. Qué estruendo,
sepamos qué ha sucedido.

Hip. ¡Ay Dios!

Clar. Fácil es saberlo.
Don Clemente de Aguilar
me ha elegido por su dueño,
y antes que me viese á mí...

Beat. No prosigais que es incierto
lo que decis. ¿Quántos años
ha que os conoce?

Clem. No hablemos
de antigüedad, el amor
no tiene edad.

Juan. Es muy cierto;
pero vos á quién amais?
pues segun lo que yo entiendo
esta vez es el amor
cuenta de partir

Beat. Yo espero
que no niegue la palabra
que me ha dado.

Clar. Yo lo mesmo.

Juan. ¡Eso dices á mi vista!

Clar. Si os entretuve algun tiempo
con esperanzas fingidas,
ya os desengaño.

Juan. Estoy fresco.

Clar. Ya ves cumplo mi palabra;
y asi á qué aguardas?

Clem. Es cierto;
ya es preciso resolverme:
Beatriz....

Beat. Acaba presto.

Clem. Hipólita...

Juan. ¿Cómo Hipólita,
traydora, qué aquí te veo!
entras en la oposicion?

Hip. Clemente ha de ser mi dueño.

Beat. y Clar. No será.

Juan. Callad: Clemente,

perseguidor sempiterno
de quantas damas yo miro,
cómo á tres á un mismo tiempo
pretendes...
Hip. Del mismo modo
que vos estais pretendiendo
á dos.
Juan. Desde esta mañana
no hay tal cosa, y solo quiero
á Clara, y no habrá ninguno
que se atreva...
Clem. Yo me atrevo
á disputaros su mano.
Mart. ¿Qué haces?
Clem. De este modo intento,
sin elegir á ninguna,
librarme de todas.
Mart. Bueno.
Clar. Pues que mi mano defiende
ya me elije.
Beat. No es lo mesmo
defender que preferir.
Clem. Señoras este momento
no es posible me decida,
y pues este caballero
se opone á la que tal vez
eligiera, ya es empeño
de mí valor responderle,
pues en casos como estos,
por mas que el amor obligue,
el valor es lo primero.
Don Juan.
Juan ¿Será desafio? *(el.*
Clem. Si señor: decid el puesto, *ap. á*
y la hora
Juan. Mas despacio
lo pensaré.
Clem. ¿Cómo es eso?
Juan. Como me dá á mí la gana.
¿dónde vivis?
Clem. ¿A qué efecto
lo preguntais?
Juan. Porque si.
Clem. En la calle de Tudescos.
Juan. Pues mañana muy temprano
os avisaré del duelo
el sitio.
Clem. Quedad con Dios. *vas. y Mart.*
Clar. Oye, aguarda...
Juan. Zepos quedos,
hasta mañana el asunto
queda indeciso.
Beat. Si es eso
me retiro.
Hip. Y yo tambien.
Juan. Te acompañaré, aunque veo
tus ofensas.
Hip. No D. Juan,
ya se acabó el amor nuestro.
Juan. Yo creo que no empezó;
mas sin embargo no quiero
que vayas sola de noche.
Hip. ¿He traido coche?
Juan. Me alegro,
con eso iré descansado,
que harto me molió los huesos
el diablo de D. Julian
con su maldito refresco:
vamos.
Hip. Esto me faltaba.
Juan. Contigo he de ir, no hay remedio:
á Dios la de los tres novios. *vase.*
Clar. Isabel, en el momento
dame el manto.
Isab. ¿A dónde vamos?
Clar. A D. Julian buscar quiero.
Isab. No hay quien te entienda.
Clar. No es mucho,
si á mí propia no me entiendo.

ACTO TERCERO.

Vista de calle.

SCENA I.

Don Clemente y Martinez.

Mart. Señor, parece increible
la aventura que nos pasa.
Clem. No he visto un hombre mas raro
que el tal D. Juan.
Mart. Y que Clara
se enamore de su talle!
Por cierto que son estrañas
las damas.
Clem. Bien hago yo
en tratarlas lo que basta

para un simple pasatiempo.
Mar. Quién diablos se imaginára
que un hombre como D. Juan
en competencia se hallára
contigo. Es un miserable,
un necio.
Clem. Y aun otra falta
mayor, que es la de cobarde.
Mart. Presumí que te chanceabas
quando dijiste que él
otros dos sugetos saca
consigo al campo.
Clem. Te dije
la verdad: oye la carta
que me entregó su criado.
Mart. Siendo suya será estraña.
Lee Clem. Muy señor mio: he pensado que el sitio mas á propósito para morir con gusto, es el altillo de San Blas; porque desde allí llegará mas pronto al cielo el que muera: y si va á los infiernos tardará mas en bajar, y esos tizonazos llevará menos: la hora será la de las once: yo bien hubiera querido fuese mas temprano; pero los dos amigos que llevo para que riñan á mi lado, acostumbran á levantarse tarde, y no es regular darles el mal rato del desafio, y el de la madrugada. No falteis á la hora que digo, y allí encontrareis con vuestro enemigo.

Juan Martinez Caniego.

Viste papel mas gracioso?
Cart. Merecia se archivára
para perpetua memoria.
Clem. Pues que de dos se acompaña
el Regidor, es preciso
que tambien conmigo vaya
á lo menos un amigo.
Mart. Cómo uno: dos te hacen falta.
Clem. No es fácil de encontrar dos:
además lleva tu espada.
Mart. Como si no la llevase:
tú no cuentes para nada,
conmigo, y busca padrinos.
Clem. No te da vergüenza?
Mart. Calla,
que me ocurre un pensamiento:
ves tu solo, y quando salgan
los que lleva el Regidor,
conociendo la ventaja
es preciso que no riñan.
Clem. En saliendo á la campaña
reñiré yo con los tres.
Mart. Hay una moda mas rara
que la de llevar padrinos?
Que se esté un hombre en su casa
descansando muy tranquilo,
y que otro pícaro vaya
y diga, ven conmigo
que está mi fama empeñada,
y hago confianza en vos:
bribon, haz la confianza
en tu espada, y riñe tú
la pendencia, pues la causas.
Llevar á uno por padrino
á una boda, aun eso vaya,
aunque tambien es historia.
Hacer á un hombre que salga
por padrino de un bateo,
vaya con Dios, aunque gasta.
Pero que llamen padrino
al que vá de mala gana
por la cólera del otro
á recibir estocadas
es un abuso insufrible:
y la cosa mas estraña
no es que haya locos que llamen
sí que haya tontos que vayan.
Clem. A quién llevaré á mi lado?
Mart. No lo sé: pero oyes, llama
á D. Bernardo que es hombre
que en una pendencia honrada
jamás la espalda volvió,
verdad es, que por desgracia
sacó tres grandes heridas.
Clem. Pues mira de mejor gana
llevára á quien se las dió.
Mart. Y aun yo te lo aconsejára.
Valgame Dios quién irá
contigo?
Clem. Por allí pasa
D. Julian
Mart. Huyamos de él,
Clem. Nos ha visto y adelanta
el paso.

Mart. Si al desafio
sales despues que le hablas,
por fuerza te han de vencer
pues vas molido hasta el alma.

ESCENA II.

Dichos, y Don Julian.

Jul. Don Clemente. Que fortuna
es hallaros. Yo os buscaba
precisamente.
Mart. Será
solo por charlar.
Clem. ¿Qué causa
os hace buscarme?
Jul. Una,
que puede os parezca estraña?
respondedme con franqueza:
conoceis á aquella dama
con quien hablabais ayer?
Clem. A la franqueza faltára
negando que la conozco,
y que la amo.
Jul. Ay taymada,
¿y ella os corresponde?
Clem. En eso
hay que decir.
Jul. Os engaña
como á mí?
Clem. No diré tanto.
Jul. Pues yo sí: la prueba clara
es que anoche me avisó
que fuese al instante á hablarla.
Dióme mil satisfaciones
porque yo encontré en su casa
á un Juan Martinez Caniego,
y me contó que acababa
de haber no sé qué pendencia
con un galan y dos damas,
que por cierto no crei.
Clem. Ojalá que en todo hablára
tanta verdad como en eso.
Jul. ¿Pues que sabeis?...
Clem. Yo fui causa
de la pendencia que dixo,
pues hallándome en su casa....
Jul. ¿En su casa?
Clem. ¿Lo estrañais?
Jul. Varian las circunstancias
que ella me contó, pues dixo
que por la calle pasaba
uno á quien no conoció,
á tiempo que ella se hallaba
en la reja, y....
Clem. No sigais:
¡hay una muger mas falsa!
En fin, podré yo saber
á qué fin toda esa trama
urdió?
Jul. Para suplicarme
que yo la lleve á la Mancha
unos dias, evitando
el que padezca su fama
por lo que anoche pasó.
Clem. Y era esta la que clamaba
porque yo me decidiese
á ser su esposo... ¡ah tirana!
Jul. Tambien de D. Juan Martinez
lo propio solicitaba,
segun él mismo me dixo.
Clem. Con tales veras la ama,
que en defensa de su mano
intenta medir las armas
conmigo.
Jul. ¿Con vos?
Clem. Hoy mismo.
Mart. Y junto á S. Blas le aguarda,
de otros dos acompañado,
por si acaso van maldadas,
sin ver que mi amo va solo.
Clem. Calla necio.
Jul. No pensaba
que un caballero eso hiciese.
Mart. Señor, pues no veis su facha:
él es muy capaz de todo.
Jul. Conque no teneis quien vaya
con vos?
Clem. Ni lo necesito.
Jul. Tres contra uno es ventaja
demasiada, asi aceptad
mi persona con mi espada.
Mart. Este por entremeterse
va á reñir. Quánto me holgára
que saliese escarmentado.
Clem. Don Julian, os doy las gracias
por vuestro favor: con todo
no lo admito.

Jul. Lo tomára
á desayre.
Mart. Dejale, *(amo.*
sirvate esta vez por tantas *ap. á su*
como nos ha molestado
con su lengua escomulgada.
Clem. Porque no creais desayro
vuestro valor, á campaña
os llevaré por padrino.
Jul. Lo seré de buena gana.
¿con qué en S. Blas?
Clem. A las once.
Jul. Presumo no tiene gana
de reñir el Regidor,
puesto que tan tarde os llama,
y es fuerza no falte gente
por allí.
Clem. De otro dudára
que asi fuese; pero de él
todo es posible.
Jul Pues falta
cerca de una hora, quiero
ir ahora á cierta casa,
y luego allá nos veremos.
Clem. Pues á Dios.
Jul. Yo no haré falta.
Mart. Y le dejas ir asi?
mira qne si al paso halla
con quien hablar, se entretiene
y no va.
Clem. Mas que no vaya:
si son cómo el Regidor
los otros, sobra mi espada. *vanse.*

ESCENA III.

Don Julian solo.

Jul. Pues señor, quedo incido
con los amores de Clara,
despnes de que me han costado
mucho mas qne qnantas damas
he tenido. Hay desengaño,
qne á nadie mas caro salga!
Pero yo tengo la culpa,
pues quise dexar las damas
que tenia, por seguir
á una loca como Clara.
Lo mejor será volverme
á una qualquiera de tantas,
pues que qualquiera es mejor
que la que dexo. Sí, vaya
de escarmiento, y de este modo
evitaré que se me haga
mayor daño. La hermosura,
aunque cautiva las almas
por si sola, el corazon
á satisfacer no basta.
Elegiré, entre las muchas
que conozco, alguna dama
de mucho juicio y virtud
que ocupe el lugar de Clara;
pero la suerte parece
que á mi favor se declara
pues Beatriz allí viene.
Desde que pasé á la Alcarria
no la he visto... Ya he resuelto:
disculpareme, y se entabla
la amistad con mayor fuerza
y mas amor.

ESCENA IV.

Dicho, Beatriz y Sebastiana.

Beat. Sebastiana,
¿no es D. Julian?
Jul. Si que soy,
dueño mio.
Beat. Quién pensára
que estuvieses en Madrid.
Jul Llegué anoche.
Beat. Y á mi casa
no fuiste.
Jul. Vine cansado;
pero el dia no pasára
sin hacerte una visita:
como en ausencia tan larga
estuviste?
Beat. Como ausente:
Esto que te diga basta
para que entiendas lo mal
que lo pasé.
Jul. La constancia *ap.*
de esta quisiera la otra:
si con desprecios me ama
qué hiciera correspondida.
Beat. ¿Qué piensas?

Jul. ¿Prenda adorada, pues que no
puedo pensar sino en ti?
Perdóname que no haya
escrito pues ya tu puedes
imaginar que la causa
habrá sido el evitar
que alguna estraviada carta
llegase á mirar tu hermano.
Beat. Ya ese temor te se acaba.
Jul. ¿Pues cómo?
Beat. ¿Cómo murió?
Jul. Pesame á par de mi alma,
aunque para mi es fortuna
lo que para ti es desgracia;
pues viviendo él, no era fácil
que el premió mi amor lográra.
Beat. Si D. Julian, ya estoy sola,
y puedo por esta causa
dar mi mano á quien quisiere:
¿pero qué tienes? te hallas
inquieto.
Jul. Las diez y media
no serán ya?
Beat. Poco falta,
en caso que no hayan dado.
Jul. Pues es la hora.
Beat. En que aguardas
á alguna?
Jul. No Beatriz;
un asunto de importancia
me está llamando, y no
Beat. No finjas.
Jul. Te juro no finjo en nada.
Beat. Ni en tu amor.
Jul. En ese punto
mucho menos: yo á tu casa
iré luego, y hablaremos
muy despacio: á Dios.
Beat. Aguarda;
me has de decir donde vas.
Jul. Es imposible.
Beat. Repara en
que me ofendes.
Jul. No te ofendo:
esperame luego en casa
que breve iré.
Beat. Ya no vivo
donde con mi hermano estaba.
Jul. ¿Cómo no? ¿pues dónde vives?
Beat. Poco ha que compré una casa
en la calle de las Huertas.
Jul. ¿De las Huertas?
Beat. ¿Qué lo estrañas?
Jul. No lo estraño, pero dime,
es...
Beat. Acia las Trinitarias.
Jul. ¿Una casa nueva?
Beat. Si.
Jul Hay casualidad mas rara?
Beat. Todo te admira.
Jul No quieres
que me admire, viendo tantas
novedades como encuentro.
Beat. Quando la ausencia es tan larga
como la tuya, es bien fácil
que mil novedades haya.
Ademas, que tu descuido
en escribirme fué causa
de no saber lo que aqui
mientras tu ausencia pasaba.
En fin ahora has de venir
conmigo, sabrás la casa.
Jul. Beatriz, es imposible
el que ahora contigo vaya:
ademas...
Beat. ¿Qué?
Jul. ¿Di, no vive
en esa casa una dama
que Clara se ha de llamar?
Beat. ¿Julian conoces á Clara?
Jul. No la conozco, no.
Beat. Es falso.
Jul. Un amigo es quien la trata.
Beat. Esa es muy común escusa:
jamás un amigo falta
á quien culpar lo que hacemos.
Jul. Digôte que nunca...
Beat. Calla,
que no he de creer lo que dices.
Ven al instante á mi casa,
ó si te niegas confirmo
mis sospechas.
Jul. Infundadas
son esta vez. Creelo.
Beat. No quedaré asegurada
si no vienes.

Jul. Considera...
Beat. ¿Temes que te vea Clara?
Jul. No por mi vida.
Beat. ¿Pues qué
te detiene?
Jul. Que empeñada
tengo ya con cierto amigo
mi palabra.
Beat. No hay palabra
que no se pueda romper
quando se opone la dama
que se adora.
Jul. Sin embargo,
es asunto de importancia,
y tanto que si no voy
peligra mi honor, y fama.
Beat. Elige, ó yo voy contigo
á donde fueses, ó á casa
vienes conmigo.
Jul. Hay apuro
semejante?
Beat. Elije; acaba,
Jul. Ni uno ni otro puede ser,
pues si tú me acompañáras
fuera mal visto, y si voy
contigo se me culpará
de poco fiel á mi amigo.
Beat. Que amigo es ese de tanta
intimidad?
Jul. Un sugeto
que se vale de mi espada
en cierto duelo que tiene,
y pues ya sabes la causa
que me separa de tí,
disculpame.
Beat. Pero falsa
puede ser la causa.
Jul. No.
Beat. Y permitiré que vayas
desde mis brazos á un duelo?
Jul. Beatriz, no temas nada,
pues quizas se compondrá
sin llegar á las espadas.
Beat. ¿Quál es la causa del duelo?
será acaso alguna dama.
Jul. Yo solo voy de padrino,
mi amigo sabe la causa.
Beat. Valgate Dios por amigo,
qué acomodado le hallas
para disculparte.
Jul. Mira
que no te engaño.
Beat. Me basta
que lo asegures, Julian.
Jul. No se miente á quien se ama.
Beat. ¿Dónde es el duelo?
Jul. En S. Blas,
á las once. Vete á casa,
que muy breve iré á buscarte.
Beat. Mira que me des palabra
de ir allá.
Jul. Y de que jamás
traicion á tu amor le haga
un corazon que te adora
Beat. Pues vete, á Dios, no hagas falta
á tu amigo.
Jul. Eres en todo
muy prudente. A Dios.
Beat. El vaya
contigo.

ESCENA V.

Beatriz y Sebastiana.

Beat. Quántas sospechas
me da el duelo Sebastiana.
Seb. ¿Sospechas el duelo?
Beat. Si.
Anoche en casa de Clara
quedó aplazado para hoy
un duelo. Julian estraña
que viva donde yo vivo,
y nombra á la misma Clara.
Seb. ¿Qué infieres de eso?
Beat. Que es ella
la que fué del duelo causa.
Seb. Si es eso: quántos amantes
tienes, al instante trata
de quitártelos.
Beat. Es fuerza
que en esta propia mañana
se acaben tantos desayres.
No he de volver á mi casa
sin ver si Julian me ofende,
y si la Clara es su dama.
Seb. ¿Cómo ha de ser?

Beat. A S. Blas
hemos de ir.
Seb. Se mormurára
ver mugeres en un duelo.
Beat. Podemos sin ser notadas
ver desde lejos quién es
quién con D. Julian la espada
mide.
Seb. Pero no contemplas...
Beat. Nada atiendo, Sebastiana,
Clemente me ha desairado
por los amores de Clara,
y sospecho de Julian
que á la misma tambien ama,
y asi es preciso que hoy
de tantas sospechas salga.
Seb. Si ha de ser, vamos allá.
Beat. Si nuevamente mirára
un desayre, vive Dios
que sabré tomar venganza. *vase.*

ESCENA VI.

Vista de campo.

Don Juan Martinez y Teneblario.

Juan. Teneblario ¿no parece
el coche?
Ten. No veo nada.
Juan. ¿Hombre si nos dará chasco?
Ten. Pero quién ha visto...
Juan. Calla,
que no puedes penetrar *(relox.*
mis intenciones. Son dadas *mira el*
las once, y mi contrincante
no parece en la estacada.
Ten. Pues si tarda un poco mas,
toma mi consejo, y marcha
ácia casa.
Juan. ¿Qué es marchar?
Eso mi honor vulnerára.
Ten. Pero antes no me decias
que tú en reñir no pensabas.
Juan. Ni pienso en ello tanpoco.
Ten. ¿Pues luego á qué al otro aguardas?
y cacareandola de valiente
no quieres viendo que tarda
volverte á casa?
Juan. Las riñas
son lo mismo que las damas.
Es un tonto quien las busca,
y otro tonto quien las halla
al paso, y nada las dice.
Yo encontré sin que buscára
el duelo, y he decirle
tan siquiera una palabra
de paso. De otra manera
en Betanzos murmuráran
del Regidor Juan Martinez,
y ya se sabe en la patria
á dónde alcanza este brazo.
Ten. Si la vista y la distancia
no me mienten, allí sube
D. Clemente y le acompaña
otro.
Juan. ¿Qué dices?
Ten. Lo cierto:
y es D. Julian de la Mata.
Juan. Mas si vendrá á convidarme
á comer? Es cosa rara
que Clemente traiga á nadie
consigo quando me llama
á un duelo.
Ten. El D. Julian
vendrá á servir en la danza
de padrino.
Juan. Si eso fuere
requiere al punto tu espada
que á mi lado has de ponerte.
Ten. El diablo me lo mandaba.
Juan. ¿Luego soy el diablo yo?
bribon mira lo que hablas.
Ten. Riñe tú que tienes zelos
y amores, que á mi me falta
la cólera y el motivo.
Juan. Reñirás, pese á tu alma,
si riño yo
Ten. Allá veremos
lo que ha de ser.
Juan. Ea calla,
que ya estan mis enemigos
en el campo.

ESCENA VII.

Dichos, Don Clemente, Don Julian y Martinez.

Juan ¡Qué tardanza!
juzgaba que no veniais.
Clem. Yo jamás á mi palabra
he faltado.
Jul. Ni yo.
Juan. Y vos
quándo la habeis dado?
Clem. Se halla.
convidado por mí.
Juan. ¡Lindo!
con que vmd., señor, se anda
convidando á desafios.
No mirais que esto desaira
vuestro valor?
Clem. No es así:
el vuestro si que se infama,
porque quanto yo os reté
tan solo con vos contaba,
y traeis otros amigos.
Juan ¿Yo amigos?
Clem. Esto declara
vuestro villete.
Juan. Qué necio
sois D. Clemente? Juzgaba
que entendieseis lo que quise
decir.
Clem. No tengo la gracia
de adivinar
Juan. Ve ahí
en qué estuvo la desgracia.
Los amigos que yo traigo
no os dañarán con su espada.
Jul. ¿No vienen á favor vuestro?
Juan. No señor.
Clem. Pues escusada
es vuestra asistencia ya;
os doy repetidas gracias,
y os suplico...
Jul. No sigais
pues quedará desayrada
vuestra súplica. Aqui vine
á reñir, y nada basta
á separarme del puesto,
sin dexar antes mi espada
bien puesta.
Clem. ¿Pero si solo
el Sr. D. Juan se halla?
Jul. No importa.
Clem. Mirad...
Juan. Dejadle,
no faltarán estocadas
para él; precisamente
todavia en la garganta
la bebidita de anoche
tengo medio atravesada.
Jul. ¿Qué decis?
Juan. Que refresqué,
y os entendí bien las maulas.
Jul. Habladme con mas respeto.
Juan. Señores, pues que nos falta
concluir un desafio
no empieze otro.
Clem. A qué se aguarda
que no empezamos el nuestro?
vaya, sacad esa espada.
Juan. Ahora nos viene con prisas.
Aguardaos, señor, que faltan
los amigos que cité.
Clem. No decis..
Juan. No dixe nada.
Clem. Vive Dios que no os entiendo.
Jul. Ninguno á entenderle alcanza.
Dixo que no viene nadie,
y luego dice que aguarda
los amigos que citó.
Celm. ¡Hay confusion mas estraña!
¿venis solo, ó no venis?
Juan. Si, y no.
Clem. Dexad las chanzas.
Juan. Qué chanzas: sí.
Ten. El Simon viene. *ap. á D. Juan.*
Juan. Ya quedarán aclaradas
las dudas.
Clem. ¿Cómo?
Juan. Esperadme,
que pronto vuelvo. *vas. y Ten.*
Jul. Si trata
de burlarnos?
Clem. Yo no sé
que presuma.
Jul. ¡Cómo baxa
la cuesta! Si volverá?

Clem. Sigámosle.
Jul. No.
Se ponen al bastidor como que observan.

ESCENA VIII.

Dichos, y por otro lado Beatriz y Sebastiana.

Seb. Aqui hallas
á tu galan con el otro
que tambien lo es.
Beat. Qué mas clara
puede estar la ofensa mia?
yo llego á hablarle.
Seb. Repara
que parece estan amigos.
Beat. Aguardarán que se vaya
la gente que de aquel coche
se apea.
Seb. Y que no te engañas,
pues la observan con cuidado.
Beat. El sufrimiento se acaba.
¿Sr. D. Julian? *Se llega.*
Jul. ¿Quién es?
¡pero Beatriz!
Beat. Acaba
de confirmar tus traiciones.
Clem. ¿Beatriz aqui?
Jul. ¿Qué hablas?
Retirate que ya el duelo
va á empezar.
Beat. En vano tratas
de apartarme. Reñid, pues,
desnudad esas espadas,
que yo no os estorbaré.
antes veré mi venganza
en la muerte de qualquiera
de los dos.
Jul. Demencia rara
es la tuya.
Beat. Sí, traidores:
enamorados de Clara
os habeis citado al campo.
Clem. Por lo que escucho, esta dama
es vuestra dama?
Jul. Sí lo es
la que os dixe que aguardaba
fuese mi esposa, supuesto
que es incapaz...
Clem. Elogiadla,
pero no en presencia mia.
Beat. Te atreves...
Clem. Traydora, falsa,
¿no te confunde mi vista?
¿era ésta la fé jurada?
Jul. ¿Luego vuestra dama es?
Beat. Quísele un tiempo engañada,
mas luego le desprecié.
Clem. Tanto que en casa de Clara
me buscó.
Jul. ¡Qué es lo que escucho!
Beat. No lo creas.
Clem. Nunca falta
á la verdad esta boca.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Juan, Teneblario, Clara é Hipólita.

Juan. Parece está comenzada
otra pendencia.
Clem. ¡Qué miro!
Hipólita aqui con Clara.
Beat. Hay teneis falsos amantes
la prenda que disputada
ha de ser por el valor.
Jul. Te afirmo que yo ignoraba
su venida.
Clem. Y yo.
Juan Bien dicen,
ninguno sabia nada.
sino yo que las cité.
Clem. Citar á un duelo dos damas,
¿qué decis?
Juan. ¿Y porqué no?
Jul. ¿Quándo se ha visto?
Juan. Es bien rara
la objecion por vida mia.
¿Lo que en estos tiempos pasa
no es todo ello al reves
de lo que en otros se usaba?
pues por qué no he de poder
hacer alguna mudanza
en esto de desafios?

Estas damas son la causa
de que riñamos, y es justo
que presencien la batalla.
Ademas ellas tambien
no están entre sí indignadas
unas con otras?
Clem. Qué importa?
Juan. Pues razon será que salgan
y riñan tambien. En fin,
estas son las que aguardaba:
Clara quiere á tres á un tiempo;
Hipólita menos falsa
quiere á dos.
Clar. Sí, pero ustedes
igualmente nos engañan.
Juan Mirad aquí como todos
tenemos muy buena causa
para reñir.
Clem. Contemplad
que de impertinencia pasa:
retirense estas señoras,
y desenvainad la espada.
Juan. Dígole á vmd. que no quiero.
Clem. ¿Pues no os cité!
Jul. ¿Qué se trata?
¿por qué reñimos los dos?
¿No es por el amor de Clara?
Pues Clara no tiene amor
á ninguno.
Clar. Es demasiada
vuestra imprudencia. Clemente
me defiende por su dama,
pues anoche...
Clem. Calla aleve,
si á D. Julian de la Mata
citaste despues del lance,
y trataste te llevára
consigo á la Mancha, ¿cómo
sostienes que eres mi dama?
Beat. Ingrato, ¿no me decias
que no conoces a Clara?
Jul. Te engañé, como tu aleve
con Clemente me engañabas.
Juan. Ya escampa, y llueven pendencias,
¿y hemos de andar á estocadas
por mugeres tan mudables,
que á un tiempo á tantos engañan?
Beat. ¿Y hemos de admitir nosotras
á quien tiene tantas damas?
Juan. Vean ustedes lo que es;
si un Poeta presentára
este quadro en el teatro,
todo el patio le gritára,
y sin embargo esto mismo
es lo que en el mundo pasa:
vaya señores seamos
amigos.
Clar. Yo la palabra
que me distes te recuerdo.
Clem. Te cansas en vano Clara,
yo no quiero ser tu esposo.
Jul. Ni yo tampoco.
Juan Y yo pajas.
Beat. Pero Julian...
Hip. Pero Juan...
Juan. ¡Cómo viéndose burladas
se recojen á sagrado!
Ea, retirense á casa,
que todos los despreciamos.
Clem. Por mudables.
Jul Y por falsas.
Clar. Es verdad; pero tambien
quizá nos hacen ventaja
en eso los hombres.
Juan Digo
que tiene razon la Clara,
y pues todos encontramos
el desengaño, alianza
hemos de hacer cada uno
con su sexô.
Hip. Que se haga.

Se ponen á un lado los hombres, y á otro las mugeres.

Clem. Galanes que vais al Prado
solamente á buscar damas,
mirad qué bellas esposas
son las que en el Prado se hallan.
Clar. Damas que crédito dais
á lo que el galan os habla,
sabed que es un pasatiempo,
que con el tiempo se pasa.
Jul Hombres los que regalais
estrados, y pagais casas,
sabed que si las pagais

otros suelen disfrutarlas.

Beat. Mugeres á quien su amante
jura que no tiene dama,
sabed que quando lo jura
alli mismo lo quebranta?

Juan. Y pues hay pocas mugeres
de las que de veras aman...

Hip. Y pues son pocos los hombres
que de engañarnos no tratan...

Clar. Miren bien unas y otros
en quién tienen confianza:
busquen solo la virtud,
que es la que jamás engaña.

Juan. Y teniendo muy presente
el lance que forma el drama,
digamos, abrid el ojo,
que aquesto en el mundo pasa.

MADRID; AÑO DE 1814.

Se hallará en la librería de la Viuda de Quiroga, calle de las Carretas, núm. 9; con quantas Comedias, Tragedias, Autos Sacramentales y Saynetes se han impreso hasta esta época.